

que nunca candidato alguno de la tribu Polia obtuvo votos de la tribu Papiria (1).

Año siguiente, bajo el consulado de Q. Fabio y de L. Fulvio, A. Cornelio Arvina, dictador, y M. Fabio Ambusto, jefe de los caballeros, temiendo una guerra más grave en el Samnio (decíase que el enemigo había tomado á sueldo la juventud de los pueblos vecinos) hicieron levas con mucho cuidado y llevaron un ejército escogido contra los samnitas. Los romanos habían establecido su campamento en el territorio samnita sin grandes precauciones, como si el enemigo se encontrase muy distante, cuando de pronto avanzan las legiones samnitas con tal audacia que llegaron á clavar sus empalizadas cerca de los puestos romanos. Acercábase la noche, lo que les impidió atacar las defensas; pero mostraban claramente que al amanecer lo harían. Viendo el dictador que tendría que pelear antes de lo que esperaba y temiendo que la desventaja de la posición perjudicase al valor de sus soldados, dejó por todas partes las hogueras encendidas para engañar al enemigo y mandó salir en silencio las legiones; pero los dos campamentos estaban tan inmediatos, que no pudo ocultar este movimiento. La caballería samnita siguió de cerca su marcha, pero de modo que no tuviese que aventurar combate antes que fuese de día. Al amanecer se atrevió á atacar al enemigo, y hostigando la retaguardia ó apretando al ejército en los pasos difíciles, suspendió su marcha. Pronto alcanzó la infantería á la caballería y el samnita se aprestaba para atacar á los romanos con todas sus fuerzas. No pudiendo el dictador pasar adelante sin experimentar grandes pérdidas, mandó trazar un campamento en el mismo paraje en

(1) La tribu Papiria la formaban muchos tuscanos que habían recibido el derecho de ciudadanía romana.

que se encontraba; pero la caballería enemiga, envolviendo al ejército, le imposibilitó para buscar las estacas y ponerse á la obra. Viendo, pues, que era igualmente imposible avanzar ó permanecer allí, después de mandar sacar los bagajes fuera de las filas, formó sus tropas en batalla. Otro tanto hicieron los enemigos por su lado, encontrándose iguales en fuerzas y en valor: lo que principalmente había contribuido á enardecerles, era que, ignorando que habían retrocedido ante una posición ventajosa y no ante ellos, creían haber perseguido á un enemigo dominado por el terror que le habían infundido. Esto mantuvo por un momento equilibrado el combate, aunque hacía mucho tiempo que el samnita no podía resistir el grito de guerra del ejército romano. Pero á fe mía, en el día aquel, desde la hora tercera hasta la octava, dícese que el combate se mantuvo tan constantemente igual, que el grito, una vez lanzado en el primer choque, no se repitió; que las enseñas permanecieron siempre en el mismo punto sin retroceder, y que por ningún lado se atacó dos veces. Resistiendo á pie firme, rechazando con el escudo, casi sin tomar aliento y sin separar del frente la vista, sostenía cada uno el combate. Por ambas partes era tan igual el encarnizamiento y el furor, que no podía terminar sino por extraordinaria fatiga ó por la noche. Ya no tenían vigor los soldados ni fuerza el hierro; los jefes mismos no sabían qué partido tomar, cuando de pronto la caballería samnita, enterándose por una turma que había avanzado algo de que los bagajes romanos estaban lejos del ejército sin guardias ni nadie que les defendiese, se lanza sobre ellos ávida de pillaje. Apresuradamente traen la noticia al dictador: «Dejémosles que se carguen con ese botín,» contestó. En seguida llegan sucesivamente otros mensajeros gritando que saquean, que arrebatan la fortuna de los soldados. Entonces llama al

jefe de la caballería: «¿No ves, M. Fabio, le dice, que los jinetes enemigos han abandonado el combate? Ahora están cogidos y enredados en lo que nos estorbaba á nosotros.» Atácales mientras se encuentran dispersos como toda multitud que se entrega al pillaje: muy pocos encontrarás á caballo, muy pocos con las armas en la mano. Mientras cargan sus caballos de botín, destróza á esos soldados desarmados y haz que ese botín sea muy sangriento para ellos. Yo voy á ocuparme de las legiones y del combate de la infantería; á ti el honor de guiar la caballería.»

La fuerza de caballería, atacando en perfecto orden á los enemigos desparramados é impedidos con la carga, todo lo llenó de muertos: sorprendidos entre aquellos bagajes que abandonan en seguida y que caen entre las patas de sus caballos que huyen asustados, los samnitas, sin poder defenderse ni huir, se dejan matar. Entonces, destruída casi por completo la caballería enemiga, M. Fabio, después de ligero rodeo, ataca por la espalda á la infantería. El nuevo grito que brota entonces infunde terror á los samnitas: el dictador, al ver que las primeras filas enemigas miran á la espalda, al ver las enseñas en desorden, que todo el cuerpo de batalla vacila y cede, excita y anima con sus palabras á los soldados; llama por sus nombres á los tribunos y á los centuriones, para impulsarles á renovar con él el combate; repítase el grito de guerra, avanzan las enseñas, y á medida que se adelanta, se ve mejor al enemigo presa de la turbación y del desorden. Entretanto acababa de verse desde las primeras filas á la caballería, y volviéndose Cornelio hacia los manípulos, mostró con la voz y con el gesto que veía las enseñas y los escudos de la caballería romana. Ante aquella noticia y aquella aparición, olvidan un día casi entero de fatiga, olvidan sus heridas, y como tropas frescas que

saliesen del campamento á la señal del combate, se lanzan sobre el enemigo. Los samnitas no pudieron resistir más tiempo ya contra el miedo de la caballería y el brío de la infantería: unos quedaron muertos en sus puestos, otros en fuga y dispersión. Los que aún resistían quedaron rodeados y fueron exterminados por la infantería, haciendo lo mismo con los dispersos de la caballería, pereciendo entre ellos su general. Esta última batalla destruyó las fuerzas de los samnitas, y en todas sus asambleas se decía murmurando, «que no era de extrañar que una guerra impía, emprendida con desprecio de un tratado, en la que con justicia les eran los dioses más adversos que los hombres, no hubiese sido afortunada; que se necesitaba una reparación, una grande expiación por aquella guerra, y que lo que importaba era saber si para aquel sacrificio debía tomarse solamente la sangre de algunos culpables ó la sangre inocente de todos los samnitas.» Ya se atrevían algunos á nombrar á los jefes de la sublevación, designando uno especialmente por unánimes clamores, el de Brutulo Papio, varón noble y poderoso, reconocido generalmente como autor de la ruptura de la última tregua.

Obligados los pretores á sentenciar, decretaron: «que Brutulo Papio sería entregado á los romanos; que con él se enviarían á Roma todo el botín y todos los prisioneros romanos, y que los objetos reivindicados por los faciales, según los términos del tratado, se entregarían con arreglo al derecho y la justicia.» En conformidad con esta decisión, enviaron á Roma sus faciales con el cadáver de Brutulo, quien, con muerte voluntaria, se sustrajo al opróbio y al suplicio. Decidióse también que, con su cuerpo, se entregarían todos sus bienes; pero solamente se aceptaron los prisioneros y lo que pudo ser reconocido en el botín, rechazándose el ofrecimiento

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazañas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

(1) Esta señal la daban siempre los primeros magistrados: más adelante se verá que la daba el cónsul. Bajo el imperio se reservó á los emperadores este privilegio.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazañas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO.

Los cónsules T. Veturio y Sp. Postumio comprometen el ejército en las Horcas Caudinas.—Pasa el ejército romano bajo el yugo de los samnitas.—Proposición de Sp. Postumio al Senado.—Entrega á los samnitas de todos los firmantes del tratado de paz.—Negativa de los samnitas á recibirlos.—Papirio Cursor derrota y hace pasar bajo el yugo á los samnitas.—Creación de las tribus Ufentina y Valerina.—Colonias enviadas á Suesa y Pontioja.—Censura de Ap. Claudio.—Triunfos de los romanos contra los apulios, etruscos, umbrios, marsos, pelignos, equos y samnitas.—Edilidad curul de Flavio.—Turbulencias en los comicios y asambleas del Campo de Marte.—Censura de Q. Fabio; recibe el epiteto de Máximo.—Mención de Alejandro.—Paralelo de su poder con el de los romanos.

Al año siguiente celebróse la paz de Caudio, famosa por la derrota de los romanos bajo el consulado de T. Veturio Calvino y de Sp. Postumio. Aquel año tenían los samnitas por general á C. Poncio, hijo de Herennio, nacido de padre muy hábil y colocado él mismo en primera fila como guerrero y como general. Cuando los legados enviados para dar satisfacción á los romanos regresaron sin haber concluido la paz, dijo á sus con-